

1609. La vispera de Naudad de mill y seiscientos y nueue, siendo ya noche cerrada y estando mucha gente en el patio de la Igleſſia de la Piedad, entro a deshora vn toro muy brauo y acosado (que por estar serca de los ejidos de Mexico, es ordinaria cossa huir a ella los toros que se apartan de la manada) y sin ser visto pudiera hacer notable daño entre tanta gente. Huieron los que pudieron, y solamente vna niña de seis ó siete años ni pudo ni supo huir el peligro en que se hallaua. Arremetió furiosamente el toro a hacer lance en ella. Quando las otras personas a voces llamaron a la Virgen Santissima de la Piedad que la socoriesse, el toro amansó su furia y se contentó con llegar a ella blandamente el hocico a las espaldas de la niña, y derribandola en tierra se fue. Llegaron despues a verla los que antes hauian huido, teniendo por cierto hallarla echa pedaços. Por los meritos de Ntra. Sra. de la Piedad la hallaron buena y sana, y dieron gracias a Dios por ello.

### CAPITULO TREINTA.

*Prosigue la misma materia de los milagros de Ntra. Sra. de la Piedad.*

**M**A<sup>R</sup>TIN de Alcat, vecino de Mexico y gran deuoto de la cassa de la Piedad, tenia muy enfermo y cercano a la muerte vn niño hijo suyo, de edad de cinco años, que sentia grauissimos dolores; y aunque se le aplicauan muchos medicamentos, ni eran eficaces, ni el enfermo los queria, antes tratando ya mas de su entierro que de otra cossa, el niño, que hauia oido a sus padres hablar de Ntra. Sra. de la Piedad y de sus milagros, pidió con grande instancia que no le hiciesen remedios porque sauia muy bien que si le lleuasen a la cassa de Ntra. Sra. de la Piedad, que luego hauia de sanar. Sus padres le persuadian que reciuiesse los medicamentos y que en estando bueno lo lleuarian al Conuento. Porfiava él que la ida hauia de ser muy presto y que no hauia menester mas medicinas: con esto se determinaron a llevarlo a la santa cassa de la Piedad, y en llegando a ella, dentro de dos dias estuuó bueno y sano y sin dolor.

1610. Por el mes de Mayo de mill y seiscientos y diez años, caió vn niño de edad de siete años en vna de las acequias de Mexico y se ahogó. Sacaronle a toda priessa, mas no fue tanta que no huiesse llegado primero la muerte que el socorro. Sintió su madre el desgraciado casso en el alma; afligiosse mucho y vertía lagrimas, pidiendo algun consuelo a su mal; llamó en su fauor a la Virgen Santissima de la Piedad, y hiçole voto de ir a vissitar su santa Imagen, suplicandole que voluiesse la vida al difunto. Apenas acauó de invocar el santo nombre, quando voluió el niño a viuir y su madre le lleuó a la Igleſſia de la Piedad a cumplir su voto y dar muchas gracias a Dios por el milagro.

No fue menor otro, que este que hiço la Sagrada Virgen Señora Nuestra vssando de su clemencia con vna india, muy buena christiana y gran deuota suya. Tenia vn niño a quien sobrevino vn accidente cruel de que murió. Afligiosse mucho la madre, no tanto por la muerte del hijo quanto por la recia condicion de su marido, que a la saçon estaua ausente de su cassa y

ama-

amaua con estremo al muchacho, y temia la muger que hallandole muerto quando voluiesse, serian muy recias las pesadumbres. Con esta afliccion, temerosa ya de que el marido le quitaria la vida, atribuyendo a descuido suyo la muerte del niño, le cogió en braços y se fue con grandissima deuocion y lagrimas a la santa Imagen, y en la peaña del altar pusso el cuerpo difunto, y dando cierta limosna al P. Fray Gaspar de los Reyes que a la saçon era Prior de aquella casa, para que le dijessen vna missa que fuesse en el altar de Ntra. Señora, y que suplicasse a Ntro. Señor en aquel inefable sacrificio que por los meritos de su Madre remediase tan grande mal, començose la missa y la india asistió a ella con mucha deuocion, rogando a Dios y a nuestra Señora que la mirase con ojos de piedad. En acauando el sacerdote la missa, quando se voluió al pueblo para echar la bendicion, ya el niño tenia vida y començó a llorar. Los que se hallaron presentes, que fueron muchos, dieron a Dios y a su Madre Santissima muchas gracias por tan gran maravilla, y la india agradecida y deuota se voluió contenta a su cassa.

A la de Ntra. Sra. de la Piedad iuan a tener nouenas ciertas mugeres nobles de Mexico, y en el camino se trastornó el coche en vn mal passo y caió vna de ellas que iua en el estriuo, y tan desgraciadamente, que las ruedas la cogieron debajo, y todos pensaron que la hauia muerto; mas viendose en el peligro, a grandes voces llamó en su proteccion a la Virgen de la Piedad, por cuyos meritos se halló milagrosamente libre y sin dolor. Lo que a muchas personas les ha quitado el dolor de estomago y mal de hijada, ha sido veuer agua de vna fuentesica de la Piedad, que en el capitulo siguiente se dirá de ella. Especialmente el Arçobispo de Mexico, D. Fray Garcia Guerra, se sintió mucho tiempo mal dispuesto del estomago y veuiendo esta agua cobró salud. Otro enfermo estando al cabo que ya no hacian casso de su vida, se acordó desta santa Imagen, y encomendandose a nuestra Señora pidió que le diesen a veuer agua de su fuente, diciendo que con ella esperaba en Dios hauia de mejorar: assi fue que en veuiendo desta agua le dejó la enfermedad, casi incurable, la que padecia.

Manuel de Castrillo, vecino de Mexico, que a mas andar le consumia vna fiebre rebelde a medicamentos y medicos, enfadado de ellos y fiado en solo Dios, se fue a tener nouenas a esta sancta cassa por los vltimos de Agosto de mill y seiscientos y diez. El segundo dia que estuuó en ella encomendandose a Dios y a Ntra. Señora, fue Dios seruido de darle salud, y dejandole la calentura, en breue tiempo se halló con aliento y fuerças como si nunca huiera tenido enfermedad.

Francisco de Villalouos reciuíó gran pesadumbre con esclauo suyo que le hauia hecho cierto enojo, y con el que tenia el hombre, encendido en colera, alçó vna piedra del suelo para tirarsela al esclauo que tenia cerca de si vna niña de edad de diez años, hija del amo colerico. Erró el tiro y por dar al negro dio a la niña tan recio golpe en la cabeça, que al punto caió mal herida y medio muerta. Sintió el padre la desgracia como era raçon, porque no tenían otros hijos y amaua mucho a esta niña, a quien no quisiera hauer lastimado mas que a la de sus ojos. Con este gran dolor se fue a passo tendido a Ntra. Sra. de la Piedad, y lleuó vnos cirios que encender en su altar; y puesto de rodillas hiço larga oracion acompañada con lagrimas y suspiros, pidiendo a la reina del cielo le fauoreciesse en su afliccion. Siendo ya hora de voluer a su cassa, se despidió de aquella Santa Imagen muy lleno de esperanças que hauia de sucederle bien a su hija. Y assi

H 1

fue

fue que la halló buena y sin dolor, sentada y haciendo laur con su madre. Todos dieron a Dios muchas gracias por el milagro, y lo publicaron por la ciudad; y el hombre, que era escriuano, en quantos testamentos hacia, amonestaua mucho a los enfermos se encomendassen a esta Celestial Señora y hiciessen alguna limosna a su capilla, con seguro que no faltaria en su fauor.

Bien lo experimentó Sebastian Perez Petroche, que hauiendo de hacer viaje desde Nueva España a las Islas Philipinas, primero que saliesse de Mexico quiso encomendarse a Ntra. Sra. de la Piedad y despedirse de ella, a quien suplicó muy de coraçon le fauoreciesse en tan larga nauegacion. Embarcosse a su tiempo, y passados algunos dias de buen temporal, sobreuino vna tormenta deshecha, que les quebró el arbol maior, y habierto el nauio hacia agua, de manera que todos quantos en el iuan hauian perdido las esperanças de escapar la vida. En tan grande aprieto, el Petroche, que era maestre de nao, sacó del pecho vna pequeñita imagen de Ntra. Sra. de la Piedad que llevaua para su consuelo, y puesto de rodillas ante ella, con humildes lagrimas le començó a rogar que se apiadasse del y de los que allí estauan, y le concediesse lo que en su cassa otra vez le hauia suplicado. Apenas acauó su oracion, quando milagrosamente se cerró la abertura de la nao y no hizo mas agua, y se amansó la brauessa de la mar y con bonança llegaron a Manila. Allí vendieron el trinquete que hauian ofrecido a Ntra. Señora, y de lo procedido desto y de otras limosnas, se recogió vna buena, que de vuelta de Philipinas a Nueva España, ofreció el hombre a la Santa Imagen dando mill gracias a Dios que assi le hauia librado del peligro.

No fue menor el que corrian dos niños bien pequeños, que en el camino del Puerto de Acapulco, que es de lo mas doblado de Nueva España, caieron ellos y la mula en que venian, por vna barranca a bajo de vn despeñadero de muchos estados, donde era fuerça llegar hechos pedaços. Al caer llamó su padre a Ntra. Sra. de la Piedad que los fauoreciesse, y milagrosamente se detuuieron en la pequeña avertura de vna peña, llegando la bestia muerta y hecha pedaços a lo profundo.

Vna muger desseaua mucho que Dios diesse fructo a su matrimonio, y con grande instancia suplicaua a Ntra. Sra. de la Piedad le diesse vn hijo que fuesse heredero de su hacienda y de su cassa. Oyó sus ruegos y dióle Dios vn hijo, mas faltóle leche y desseaua ella criarle a sus pechos sin entregarle a amas cuias siniestras costumbres maman los niños en la leche. Fuesse a la Igleſsia de la Piedad y pidió a la Madre de Dios, que pues le hauiá dado vn hijo, le diesse leche para criarlo. Al punto le vino tanta a los pechos, que rebentando por los pessones le manchaua los vestidos.

Vna india deuota desta Sta. Imagen, fue vn dia a vissitarla, y lleuó en su compañía vna niña suya, de edad de once a doce años. Al camino salieron vnós baqueros, gente perdida, que violentamente se la quitaron, y la madre fue corriendo y dando voces a la Madre de Dios de la Piedad, rogando que la tuuiese de ella. Y como quejando tiernamente decia: ¿Pues como es esto, Virgen Santissima, que venga yo a veros y consentis que roben mi hija y me la lleuen? En esto voluió el rostro y vió junto a si a la niña, a quien preguntaua con admiracion cómo y por donde hauia venido; mas ella no supo decir mas, sino que lleuandola los vaqueros, huyendo de aquel lugar a rienda suelta, derepente, sin sauer como ni quien la hauia traído, se hallaua dentro del templo y en presencia de su madre. Otros muchos milagros ha-

he-

hecho esta Sta. Imagen, mostrandose en todo madre de misericordia y de Piedad. Lo dicho baste para que se entienda que fue esta fundacion y este Conuento de Piedad agradable a sus ojos, pues le ha calificado y honrado tanto.

### CAPITULO TREINTA Y VNO.

*Del Sieruo de Dios Juan Gonçalez, Canonigo de Mexico, que viuio muchos años en la cassa de la Piedad.*

CINCO años antes que nuestros Religiosos entrasen en la cassa que intitularon Ntra. Sra. de la Piedad, hauia muerto vn santo clerigo que en aquella hermita hauia viuido muchos años santamente; y avnque no vistió nuestro hauto, ni fue Religioso, por hauer estado en aquel lugar, y merecer tenerle entre los sieruos de Dios que han florecido en esta ciudad de Mexico, y porque su memoria no se pierda, la hace esta historia. Llamauase Juan Gonçalez; era natural de Villanueva del Fresno, en Estremadura; hijo de padres nobles y hermano de Ruy Gonçalez, uno de los primeros conquistadores y regidor de Mexico, donde todos por las muchas y buenas partes que tenia, le querian y amaban como era raçon. Ninguna cossa de importancia se hacia sin su consejo, ni los Arçouispos y prebendados de su cauildo dauan passo, si no encaminauan sus negocios por tales manos: tanta era la satisfaccion que tenian de su cordura y proceder. Mas el tropel de los negocios cansa muchas veces a los hombres, que quisieran retirados en su rincón tratar de vno solo, que es el importante a su alma y su saluacion: porque las confusiones del mundo, y sus estimaciones y honrillas, hacen vna Babilonia, donde si el coraçon no se distrae (que será medio milagroso no hacerlo), por lo menos no tiene aquel reposo y deuocion que quisiera. Consideró muy bien este punto el Canonigo Juan Gonçalez, y dió de mano a quantas cossas pudieran darle traspie, y trató consigo de hacer nueva vida, mejorando la pasada. Tomó tan a pechos y con tantas veras este negocio, que dejó el canonicato, y los amigos, y los entretenimientos, y la estimacion, y los negocios y deudos, y pisandolo todo junto y quanto la tierra pudiera darle, se despidió de Mexico y salió a esta pequeñita iglessia de la Piedad (si bien entonces no tenia este nombre); y en vnós pobres aposentos que hauia cerca de sus paredes, quiso recojerse y viuir como si estuiera en vn desierto y muy apartado del ruido de la ciudad de Mexico. Assi lo hizo, y por el año de mill y quinientos y sesenta y quatro, hauiendo repartido entre pobres su hacienda y sus halajas, se encerró en la humilde cassa con tanta estrechura, que con estar a la puerta de Mexico, pocas veces voluió a verle la cara, ni salia de su aposento siquiera a goçar de los aires del campo; y si qual vez salia, era a pie y a precissa y vrgente necesidad, como confesarse él ó confessar algun indio enfermo de los que tenia en su barrio. Si sus amigos querian visitarle no lo consentia; mas si alguna persona de tal obligacion, que no sufriesse perderle el respecto le buscaua, receuiale con mucha discrecion, y hauiendo tratado su negocio, sin diuertirse a mas palabras, con muy alegre semblante le despedia. El silencio que quardaua era notauilissimo, y se le pasauan los messes enteros sin hablar palabra, re-

1564.

co-